

mias: «Han de ser los reyes obedientes hasta la muerte;» y por otra parte: «Es muerte de los reyes y de los reinos que sean obedientes.» Mas la verdad desata esta tiniebla, y amanece á esta noche, para despejar sus horrores á la luz del entendimiento. Obedecer deben los reyes á las obligaciones de su oficio, á la razon, á las leyes, á los consejos; y han de ser inobedientes á la maña, á la ambicion, á la ira y á los vicios. No pongo entre estas pestes los criados y los vasallos, porque en todo discurso eso se está dicho. Y son cosas contrarias obedecer el rey al siervo; y cuando se ve, es un monstruo de la brutalidad que produce el desatino humano para escándalo de las propias bestias. Nació pues Cristo cuando mandaba Augusto registrar todo el mundo; y el venir á la obediencia le trajo á nacer en lugar tan humilde, al hielo y al frío. Y en un día Augusto, rey aparente, registra el universo, y Cristo Jesus le remedia.

Para esto nacen los reyes, para su desnudez y desabrigo, y remedio de todos; no para destruir á alguno, ni desacomodar á nadie. Con cuántas ventajas de elegancia dijo este aquel prodigio de Africa, Quinto Septimio Florente Tertuliano (1), considerando aquellas palabras del cap. 8, de san Mateo: *Quid nobis, et tibi Jesu Fili Dei?* «¿Qué hay entre nosotros y entre tí, Jesus hijo de Dios? Veniste aquí ántes de tiempo á atormentarnos.» Dice este gran padre, concurrente de los apóstoles (2): «Reprendió Jesus al demonio como á envidioso, y en la propia confesion descaminado, y que adulaba mal; como si esta fuera suma gloria de Cristo haber venido para la perdicion de los demonios, y no ántes á la salud de los hombres.» Los reyes, beatísimo Padre, cabeza primera de nuestra Iglesia que altamente vive en la eminencia del monte para la salud universal del cuerpo místico suyo, no han de nacer, ni heredar, ni venir para destruir y perder y atormentar: su oficio es venir á fortalecer, á restaurar, á dar consuelo. Y es vituperio (que deben sentir sumamente reprenderlo y contradecirlo luego con las obras) que digan viene á atormentar aun á los delinquentes. Los demonios (nadie puede ser peor) le dijeron que venia á atormentarlos; y dice Tertuliano que fué envidia y confesion del enemigo, y que adulaba mal, pues él venia á traer salud y no calamidades; y porque los desmintiese el suceso, les concedió á los demonios luego lo que le pidieron. Al delincente venga el rey á enmendarle y á reducirle; que atormentar no es blason, sino vituperio: es mala adulacion. Ser tirano no es ser, sino dejar de ser, y hacer que dejen de ser todos. ¡Ah, ah, Pastor vigilantísimo del mejor rebaño! ¿cuánto padece de calamidad el orbe con las hostilidades injustas que por tantos lados turban su paz, alentadas por el enemigo comun con el soplo vivo de la que llaman razon de Estado, ambicion y venganza, para la desolacion de las repúblicas! Vuestra beatitud, pues se halla en la cumbre de los montes con la altura de la primera silla, fundada en ellos con buena estrella de los hijos de la fe en vuestra eleccion, mire estas turbaciones públicas, y el estado miserable de los que á gritos las lloran; porque mirarlas y

(1) Adversus Marcion., lib. 4.

(2) Incepit illum Jesus planè ut invidiosum, et in ipsa confessione peccantem, et malè adulantem: quasi hæc esset summa gloria Christi, si ad perditionem daemionum venisset, et non potius ad hominum salutem.

remediarlas, todo ha de ser uno en quien ha sido elegido de Dios para el remedio de todos.

Nace Cristo Jesus en el pesebre, y conténtase, por no desacomodar á los hombres, con el lugar que le hacen las bestias. Quien empieza padeciendo, ¿qué padecerá acabando? Bien pudieran los ángeles que se aparecieron á los pastores, aparecerse á los huéspedes que embarazaban los aposentos; mas el Rey grande, el todo Rey, el solamente Rey, sus ministros los envió á lo que importa á los suyos, no á él. Nace entre los que no tienen razon, que son las bestias, y muere entre los que dejaron la razon, que son los ladrones, porque nace para todos (3). «Es luz que alumbrá en las tinieblas.» Aquí en el pesebre el profeta dice que alumbró las bestias (4): «Conoció el buey á su posesor, y el jumento el pesebre de su Señor.» Aquí la luz dió conocimiento á las bestias, y en la cruz al delincuente (5): «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.» Esta luz es real, que luce en las tinieblas, que á la noche añade lo que no tiene, que empieza por las bestias, que pasa por los reyes sin detenerse ni detenerlos, que no se agota en los poderosos, que llega á los ladrones, y los busca, no para servirse de ellos, sino para mudarlos de suerte que le puedan servir. Bien suena que al rey le pida el ladrón que se acuerde de él en su reino; mas triste del rey cuyo reino hubiere menester acordar que se olvide del ladrón. No envió los ángeles á que le dispusiesen mejor alojamiento: enviólos á los pastores ántes que á los reyes, porque es Rey que ha de ser pastor; y con él mas merece y primero el que vela, que el que sabe. Dice san Lucas: «Y habia en aquella region pastores que velaban guardando las vigiliás de la noche sobre su ganado.» A estos envia (santísimo Padre nuestro) la primera nueva; á estos envia ángeles, porque velan (¡oh causal! ¡en tus experiencias provechosas se libra la salud del pueblo!) y guardan las vigiliás de la noche sobre su ganado. Prefiere estos á los reyes y á los sabios: á aquellos despachó una seña de luz, á estos muchos ángeles.

Y es de considerar que en naciendo enseñó cuatro cosas: qué oficio era el de rey, cuáles habian de ser los que escogiese, cómo habian de recibir sus favores y llamamientos, y qué traia á la tierra y al cielo. «Qué oficio era el de rey:» enviando ángeles á los pastores, dijo que era oficio de pastor, y que venia á velar sobre su ganado. «Cuáles habian de ser los que escogiese:» declaró que habian de ser gente de vela, y atenta sobre lo que tiene á su cargo. «Cómo habian de recibir sus favores», lo dijo en aquellas palabras de san Lucas, capítulo 2: «Y veis el ángel del Señor estuvo cerca de ellos, y la claridad de Dios los rodeó, y temieron con temor grande.» Ha de ser gente que en las grandes mercedes y favores que el rey les hiciere, teman con un temor grande. No se han de hacer mercedes á los que con ellas se desvanecen y se confían. Ese de la luz hace rayo que le parte. Los que velan y guardan su ganado, y el ángel del Señor los halla despiertos sobre su obligacion, temen con temor grande, más provechoso, las mercedes muy preferidas. El que vela para adormecer al rey, el que vela no por guardar el ganado sino por guardar

(3) Et lux in tenebris lucet. (Joann. 1.)

(4) Cognovit bos possessorem suum, et asinus praesepe domini sui.

(5) Domine, memento mei, dum veneris in regnum tuum.

lo que gana, ese no teme, ántes se hace temer y obliga á que la propia luz le tema. «Lo que trae al cielo y á la tierra,» declaran las palabras del propio Evangelista: «grande alegría, que será á todo pueblo.» ¿Cómo lo desquita el gran rey Dios todo! A gran miedo gran alegría; no á un pueblo, sino á todos: «porque hoy ha nacido el Salvador.» Sea lícito á costa de los tiranos celebrar las maravillas de Dios. Sacrificio es, no murmuracion, abominar á los que le contradicen la doctrina. Rey Salvador — alegría de todos los pueblos: rey condenador — llanto de todos los lugares. ¿Qué te callan tus ojos, si ven anegados en lágrimas los de tus vasallos? Rey de lamentos, rey de suspiros, ¿qué tienes que ver con rey? ¿Qué te falta para desolacion?

¿Qué mas trae? «Gloria á Dios en las alturas, paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Tú, que reinas, has de nacer primero para Dios, para gloria de su Iglesia, de su vicario, de sus obispos, de sus sacerdotes, de sus doctores, de sus santos, de sus religiones. Estos son las alturas de Dios, no el cielo, no las estrellas; pues (como dice Crisóstomo) «no se hizo la Iglesia por el cielo, sino el cielo por la Iglesia.» San Pablo, *ad Galatas*, 4 (1): «La Jerusalem de arriba libre es; y es nuestra madre.» Y á Timoteo (2): «La Iglesia de Dios vivo es columna y firmamento de la verdad.» De la altura dice que es esta Jerusalem columna de la verdad y firmamento: fuerza es que esté mas arriba del cielo. Crisóstomo, elocuentísimo abogado, *boca de oro*, en la estimacion de la de todos los padres griegos y latinos, en la homilía *ad Neophitos*, tratando de los doctores de la Iglesia en comparacion de las estrellas y de los santos, dice: «Aquellas con la venida del sol se oscurecen; estas, cuando el sol de justicia se llega mas á ellas, tienen mas luz. Aquellas con la confusion de los tiempos se acaban: estas con el fin del tiempo se muestran mas claras. De aquellas se dijo finalmente: Las estrellas del cielo caerán.» Y de esta mayor perfeccion de los santos de la Iglesia da la razon, diciendo: «Los ciudadanos de la Iglesia no solo son libres, sino santos; no solo santos, sino justos; no solo justos, sino hijos; no solo hijos, sino herederos; no solo herederos, sino hermanos de Cristo; no solo hermanos, sino coherederos de Cristo; no solo coherederos, sino miembros; no solo miembros, sino templo; no solo templo, sino órganos del espíritu.» Así que las alturas de Dios para quien trae la gloria el Rey verdadero, es la Iglesia, los santos, los doctores, las religiones, los sacerdotes.

En la tierra trae paz: eso es traer á propósito (y muy del tiempo desear esta paz, cuando se arde toda la tierra en armas y sangre). La vida es guerra: *Militia est vita hominis super terram*. De lo que necesita es de esta paz; mas no la trae á todos, sino á los hombres de buena voluntad. El rey á todos la trae; mas los hombres de mala voluntad no la quieren, porque, como dice san Agustín (3): «La mala voluntad es causa eficiente de la obra mala. Mas la voluntad mala no tiene causa eficiente, sino deficiente.» Y gente mala sin causa, no es capaz de paz. Solo lo son los que tienen buena voluntad; porque,

(1) Illa autem quae sursum est Jerusalem, libera est, quae est mater nostra.

(2) Quae est Ecclesia Dei vivi, columna, et firmamentum veritatis. (1. cap. 3.)

(3) Mala voluntas est causa efficiens operis mali. Malae autem voluntatis causa efficiens nihil est. (Libro 12 de Civit. Dei.)

como dice el mismo santo (Lib. 7 de la *Ciudad de Dios*), «nadie, teniendo buena voluntad, puede ser malo.» Adviertan los príncipes sobre sí propios, Santísimo Padre, y miren si tienen buena voluntad; que si la tienen, á sí se traerán paz, y si no guerra sangrienta. Buena voluntad es con la que el príncipe quiere mas el público provecho, que el propio; más el bien del reino, que el suyo; más el trabajo de su oficio, que el deleite de sus deseos. Mala voluntad es con la que quiere desordenadamente el ocio, y la venganza, y la prodigalidad. Mala voluntad es la que resigna en otro hombre, con la que prefiere el interes de uno á la necesidad de muchos. Si él se halla á sí propio con esta voluntad, no es capaz de la paz: batalla es de sí propio; no reina como Cristo, ni en sí, ni en los demas.

Falta ver cómo reinó niño, cosa tan amenazada por el mismo Dios en la Sagrada Escritura (4): «Desdichada la tierra donde reina rey niño.» Despachó, como he dicho, una lumbré del cielo, llamó y trajo á sí los sabios. Propio principio de Rey divino llamar los sabios y traerlos á sí. Eran sabios: así los llama la Escritura. Eran reyes: así los intitula la Iglesia. Aquí veremos cuáles son los reyes que obedecen señas de Dios. Vinieron de Oriente á adorarle, no á perderle, no á sonsacar su niñez, no á usurpar su trono. Llegaron á Heródes (aquí veremos cómo es el rey que persigue á Dios), y preguntaronle: «¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Vimos su estrella, y venimos á adorarle.» Estos reyes imitadores de Cristo y que le siguen, obedecen á la estrella, desprecian las dificultades de la peregrinacion por adorar á Cristo. Quien con este fin viene, halla la verdad del camino en la boca de la propia mentira. Oyólo Heródes, y turbóse, y con él toda Jerusalem. El tirano se turba de oír nombrar á Dios, y con él todo su reino. Eso tiene mas á cargo el mal príncipe: estos temen á la verdad y á quien la busca; esles enojosa la pregunta. — «Y haciendo una junta de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas del pueblo.» Maña es pernicioso del veneno de los tiranos hacer estas juntas de personas de autoridad para disimular su fiereza. Preguntó dónde habia de nacer Cristo; dijéronselo: llamó á los magos en secreto, y preguntóles del tiempo en que habian visto la estrella, disfrazando con celo devoto la envidia rabiosa. Enviólos á Belen. ¿Qué bien los encamina el descaminado! Más certeza debieron del camino á Heródes, que á la estrella; pues los llevó con la mano de la profecía hasta el portal. Dijoles: «Preguntad con diligencia por el Niño; y en hallándole, venidme lo á decir, porque yo le adore.» Muchos, Santísimo Padre, preguntan de Dios, y dicen que quieren ir á Dios, solo para hacer instrumentos de su iniquidad á los varones de Dios, á quien lo preguntan. Queriale degollar Heródes, y encargábales á los santos Reyes le buscasen con diligencia y le advirtiesen de todo, porque le queria adorar.

«Entraron en la casa, y hallaron el Niño con su madre María; y arrojándose en el suelo, le adoraron; y abiertos sus tesoros, le ofrecieron á él presentes: oro, incienso y mirra; y respondidos en sueños que no volviesen á Heródes, por otro camino volvieron á su region.» Estos reyes supieron serlo, y que Dios era solo Rey, y cómo le han de adorar los reyes. «Arrojáronse.» No es

(4) Eccle. 10, v. 16.



humildad para Dios la que hace melindre de alguna bajeza, la que deja algo por hacer. «Abiertos los tesoros.» A Dios así se ha de llegar, sin prevención escasa, sin temor miserable. Los tesoros han de estar abiertos para Dios, y así los han de traer los reyes. ¿Qué serán los reyes que á Dios le quitan lo suyo? «Diéronle presentes: oro, incienso y mirra.» Cierzo es que recibió Cristo estos presentes; mas no dice el Evangelista que los recibió. Justo decoro fué dar á entender el logro que se tiene en presentar á Jesucristo. Dios más da en lo que recibe, que en lo que da: él solo da recibiendo; y así no dijo el Evangelista que lo recibió. ¡Oh buen Melchor! ¡oh santísimo Gaspar y Baltasar, que vinisteis á adorar al Rey niño, y echados en el suelo, le adorasteis; y abiertos los tesoros se los ofrecisteis; y porque nuestro Rey niño viviese, volvisteis por otro camino: vinisteis á adorar, no á divertir; trajisteis, y no llevasteis! Tú, que le adoras; tú que te derribas, tú que le sirves con tus dones, rey mago eres. Tú que presumes, tú que le derribas, tú que prefieres el dinero á la gracia del Espíritu Santo, Simon mago eres, no rey. ¡Oh sumo Rey! Oh solo Rey, que siendo niño no te obligaste del presente, ni de las dádivas para entretener á tu lado, ni acariciar á estos tres santos y sabios reyes! Recibes la adoración, recibes el servicio y el tributo; no ocasiones el entretenimiento. Los sabios que llamó la estrella se vuelvan en adorando y en ofreciendo; que los que te han de asistir no han de ser los que te dan, sino los que te dejan lo que tienen; no reyes, sino pescadores. Con el Rey verdadero nadie confronta la estrella, nadie introduce la caricia, nadie acredita la dádiva: todo lo dispone la elección. Ha sido causa de tantas ruinas en reinos y imperios el tomar los príncipes por achaque la que llaman suma necesidad (en que se hallan más por sus culpas ó descuido, que por la defensa común) para enviar ministros escogidos de la codicia á que busquen tesoros entre los vasallos y reinos, para que supla el robo público lo que la prodigalidad necia y el descuido mal atento dejó robar.

Es de tanta importancia este punto, que fué el primero de que Cristo quiso desengañar á los príncipes; pues ningún rey ni monarca del mundo se vió ni verá en necesidad tan grande, como su divina Majestad recién nacido en un pesebre, entre bestias y desnudo al frío. Veamos pues qué ministro envió que le trajese tesoros del Oriente. Envio un ministro celestial de purísima luz, atento solo á servirle con el decoro que debe una estrella al sol. No se fué á los pobres y desamparados que no solo comen del sudor de sus manos, sino que beben el mismo sudor de sus venas; trajo reyes, y en ellos buscó los tesoros: no los trajo el ministro, que suelen adolecer de su compañía; adestró á los mismos reyes que los trajesen; llegaron y ofreciéronselos á Cristo desnudo. Mas como Cristo sabe cuánto se debe estimar la pobreza por los reyes humanos que le sustituyen, y cuán saludables costumbres trae consigo la necesidad, no quiso que el oro enriqueciese á su pobreza, sino que la adorase. Por eso dice que se le dieron, y no se hace mención del uso de él, ni aun en la huida á Egipto, donde parece que era necesario. Vino el oro á llenar la profecía, no la codicia. Pudo Cristo quedar rico en cuanto hombre, y para ejemplo quiso quedar pobre.

Que haya hecho grandes á las repúblicas y á los rei-

nos la pobreza, y que el día que se acabó y se volvió en abundancia perecieron, hasta las bocas profanas lo han dicho. Juvenal no llora por otra cosa la ruina de Roma con aquellas animosas palabras (*Sat. 6*):

*Nullum crimen abest; facinusque libidinis, ex quo  
Paupertas Romana perit.*

Señor, este ejemplo de Cristo á los que le han tomado les ha sido gloria y remedio; á los que le han despreciado, enviando ministros por sus reinos, no á que saquen sino á que arranquen, no á que pidan sino á que tomen, premiando al que mas sin piedad desuella los vasallos, —ha sido ruina, y desolación, y levantamiento universal de las provincias y reinos.

Con buenas canas de antigüedad lo refiere Polibio (1): «Porque en la guerra pasada, presumiendo tenían para ello justas causas, con mucha soberbia y avaricia habían gobernado los pueblos de Africa, tomádoles la mitad de todos sus frutos, y dobládoles los tributos, ningún delito habían querido perdonar aun á aquellos que con ignorancia habían pecado. De los magistrados, á aquellos solos habían premiado, no los que con benignidad y clemencia hubiesen administrado sus cargos, sino que hubiesen amontonado mucho dinero en el tesoro, por mas injusticias y tiranías que hubiesen ejecutado contra el pueblo, cual fué este Anon de quien hicimos mención arriba. Con lo cual parecía que los pueblos de Africa podrían ser inducidos fácilmente á rebelión, no solamente con persuasión de muchos, mas aun con un solo aviso. Pues las mujeres mismas que en el tiempo pasado habían visto llevar á sus maridos y hijos hechos esclavos por no haber pagado los tributos, se conjuraron en todas las ciudades, no solo no ocultando algo de los bienes que les habían quedado, antes dando (lo que parece increíble) de su voluntad hasta sus mismas joyas para pagar los sueldos.»

Temeroso es este suceso; empero el grande Simaco, fulminando palabras en vez de pronunciarlas, no deja necesidad de otra voz ni de otra pluma. Oigalas vuestra majestad, y no permita que las olviden sus ministros (2); «Destiérrense de la pureza de vuestro tesoro estos aprovechamientos atropellados. El fisco de los buenos prínci-

(1) *Etenim superiori bello, quod justas se causas habere parent, superbè nimium atque avarè Africae populis imperaverant, universorum fructuum medietatem abstulerant, tributa duplicaverant: nullum etiam iis, qui per ignorantiam deliquerant, remittere crimen voluerant. Magistratum eos dumtaxat honestaverant, non qui benignè ac clementer se gessissent, sed qui grandem avaritiam pecuniam cumulassent, quamlibet injustè per eos in populum saevitum foret: qualis fuit is, quem supra memoravimus Anno. Quibus rebus factum est, ut populi Africae non solum hortatu militum, verum etiam unico nuncio facile ad rebellionem induci posse viderentur. Siquidem mulieres ipsae, quod superiori tempore viros liberosque earum ob non soluta vectigalia duci in servitutem viderant, in singulis quibusque civitatibus conspiravere, nihil relictorum sibi honorum occultantes, sed mundos etiam mulieres (quod dictu incredibile videtur) ad solvenda stipendia sponte conferentes. (Lib. 1.)*

(2) *Absint ab avaritiae vestri puritate ista compendia. Fiscus bonorum Principum non Sacerdotum damnis, sed hostium spoliis augetur. Ex hujusmodi facinoribus orta sunt cuncta Romani generis incommoda. Stetit muneris hujus integritas usque ad degeneres trapezitas, qui ad mercedem vilium bajulorum sacrae castitatis alimenta verterant. Secuta est hoc factum famas publica, et spes provinciarum omnium messis aegra decepit. Non sunt haec vitia terrarum, nihil imputamus astris: nec rubigo segetibus obfuit, nec aeva fruges necavit: sacrilegio annus exaruit; necesse enim fuit perire omnibus, quod religionibus negatur.*

pes no se aumente con daños de sacerdotes, sino con despojos de enemigos. De semejantes maldades han nacido todos los daños del romano linaje. Permaneció la entereza de este oficio, hasta que los monstruosos mohatros convirtieron en premio de viles traginadores los alimentos de la castidad sagrada. A esto se siguió pública hambre, y la mies enferma burló las esperanzas de todas las provincias. No son estos vicios de las tierras; nada imputamos á los astros: ni á las mieses dañó la niebla, ni la avena ahogó los sembrados; con el sacrilegio se abrasó el año, porque es necesario que á todos falte lo que á las religiones se niega.»

Señor, el ministro que fué á buscar vuestro socorro para defender vuestros reinos, y á fuerza de sangre de vuestros vasallos os trae en la ruina de ellos y en su sangre chupada mas manchas que tesoros, —ese no solo no ha de medrar, antes el castigo público le ha de hacer ejemplo y escarmiento. El que os trae poco por dejaros mucho en vuestros pueblos y en vuestros vasallos, y llevó por contadores la piedad y la justicia, y trajo enjuto de lágrimas de los que le dieron lo poco que trajo, ese, Señor, medre y sea premiado: reconozca vuestra majestad por buen discípulo de la estrella de Belen. Y cuando han sucedido semejantes robos y delitos en las repúblicas, y se les sigue la peste armada de muertes, y las enfermedades habitadas de venenos, y se ve que la naturaleza deja fallecer las plantas y morir de sed por falta de lluvias los sembrados, —grave delito es, Señor, acudir por las causas de estos azotes, los que los merecen de la mano de Dios, á la inocente astrología, y querer que sea causa de tanta ruina la malicia del cielo, cuando lo es la de la tierra. Esto, Señor, es huir del remedio, que es acudir á Dios con la enmienda y satisfacción, y pretender disculparse con malos aspectos y oposiciones de astros; por lo cual todo queda sin remedio, siendo la causa el sacrilegio, como Simaco dice.

Cristo en el pesebre queda adorado y reconocido de los reyes por sabio, por rey y por Dios: los reyes van premiados con advertencia divina: Heródes, que preguntó de Dios para ofenderle, quedó burlado. De los reyes cuidó Cristo; de Cristo el Padre eterno, advirtiéndole la huida á Egipto con un ángel á José. Heródes solo quedó en manos de su pecado y de su rabia, y degolló los inocentes, y luego murió; que la vida de estos tiranos no pasa de los límites de su desorden. Rey que no nace para traer gloria á Dios en las alturas, alegría á todos los pueblos, paz á los hombres de buena voluntad en la tierra; el que no viene como los Reyes magos á adorar y á servir á Cristo con los tesoros abiertos, más le valiera no nacer ni venir, pues solo, como Heródes, hace juntas para saber de Dios, y encarga á los sabios le sepan de él para perseguirle. No logra su malicia, y logra su ira; es cuchillo de los inocentes, y tal que el propio Dios manda que huyan de él, y él propio huye, como se vió, en Egipto.

#### CAPITULO XVII (a).

El verdadero Rey niño puede tener poca edad, no poca atención: ha de empezar por el templo, y atender al oficio, no á padre ni madre. (Luc. 2.)

*Reversi sunt in Galilaeam in civitatem suam Nazareth. Puer autem crescebat, et confortabatur, plenus sapientia, et gratia Dei erat in illo.*

(a) Este capítulo debió en el original encontrarse lleno de lagunas y á medio bosquejar todavía. Acabó de estragarle el librero

*piencia, et gratia Dei erat in illo.* «Volvieron en Galilea á la ciudad suya de Nazareth. Y el Niño crecía, y se confortaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios era en él.»

El rey niño, que crece y se conforta lleno de sabiduría, en quien está la gracia de Dios, excepción es de la sentencia temerosa de la Escritura Sagrada (traida en el capítulo antecedente próximo), en que con lamentación prevenida le declara por plaga de sus reinos. Ha de estar el rey lleno de sabiduría, porque la parte de su ánimo que de sabiduría estuviere desocupada, la tomarán de aposento ó las insolencias ó los insolentes. Ha de ser habitado el rey niño de la gracia de Dios. Tales y tan grandes preservativos ha menester la poca edad para reinar: oficio de gracia de Dios, no de hombres, que ha menester no solo ser sabio sino lleno de sabiduría. ¿Cómo reinará quien no tiene años ni sabiduría, que no solo no esté lleno de ella, sino yermo? ¿Cómo reinará quien no solo no tiene gracia de Dios, antes tiene por gracia no tenerla? ¿Cómo reinará sin desgracia una hora quien solo tiene en su gracia su divertimento, su vicio y su ceguera? Y el que tuviere con título de bienaventurado la gracia de este rey que no tiene la de Dios, ¿qué otra cosa tiene en la niñez de un príncipe, que un peligro forzoso, crecido de la licencia y asegurado en su rendimiento? No desmienten las historias estas palabras mías: rubricados tienen con su sangre estos malos sucesos aquellos criados que en las niñeces de los monarcas solicitaron por los doseles los cadalsos, y por la adoración los cuchillos.

No sin especial asistencia y providencia del cielo, Santísimo Padre Urbano, tomastes este nombre grande (correspondiente bien á la doctrina, al celo y á la virtud heroica que anima generosamente ese espíritu, con cuyo aliento vive el católico nuestro) manifestándolo en solicitar la unión de los hijos grandes de la Iglesia, domando la dura cerviz de la discordia con las armas espirituales y tesoros del Jubileo grande que habeis franqueado á los fieles (b). Porque de vuestra santidad se diga lo que de la eficacia viva de otro antecesor insigne vuestro dijo Roberto Monaco (1): «El papa Urbano (segundo de este nombre) tan urbanamente oró, que conciliando en uno los afectos de todos los que le oían, aclamaron todos: Dios quiere, Dios quiere.» Vuestra beatitud tiene prenda segura de la virtud de esta unión, para lograrla en imitar aquella eficacia con la de la oración. Hable vuestra santidad: concilie los afectos de todos, que hoy están en batalla y en disensión. Pues Dios quiso con este nombre, con esta doctrina, poner á vuestra beatitud en la silla de san Pedro, oiga la propia aclamación de los que no padecen ni temen menos que aquellas gentes. «Dios quiere, Dios quiere,» decimos todos. Esta ha de ser con vuestra beatitud para lo espiritual nuestra aclamación. *Dios quiere* que vuestra beatitud hable, cuando se hace y se ejecuta lo que él no quiere. Santísimo Padre, conducid á vuestra nave los que

Pedro Coello, queriéndole consagrar atentamente al papa Alejandro VII. Con pocos menos defectos se reproduce hoy, habiendo sido infructuosa nuestra diligencia por restablecerle consultando un manuscrito contemporáneo de la Segunda parte.

(b) Se publicó en Madrid á 18 de mayo de 1654.

(1) Papa Urbanus urbano sermone peroravit: ita omnium qui aderant affectus in unum conciliavit, ut omnes acclamarent: Deus vult, Deus vult. (En su lib. 1, de *Christianor. Princip. Bello contra Turcas.*)



fuera de ella osan navegar. Desagraviemos todos los que somos pueblo verdadero del verdadero Dios esas llaves, que por no usar de ellas el rey de Inglaterra descerrajó su iglesia, los herejes las adulteran con ganancias, y los malos hijos por no pedir las se quedan fuera. Oídnos; que quiere Dios: hablad, y juntad en uno la enemistad de nuestros afectos; que Dios quiere.

Séanos ejemplo de toda justicia (en el imperio y en el pontificado) Cristo Jesus, hijo de María, rey en doce años lleno de ciencia y de gracia de Dios. «Y como fuese de doce años, subiendo sus padres á Jerusalem, segun la costumbre del día de fiesta, acabados los días, como volviesen quedó el niño Jesus en Jerusalem, y no echaron de ver sus padres; y entendiendo venia en su compañía anduvieron el camino de un día.» Este pedazo de la historia de Jesucristo tengo por el que está retirado en mas dificultosos misterios. Así lo confiesa la Virgen María: así lo dicen las palabras de Cristo. Mal puede arribar el entendimiento á convenirse con descuido en el amor de María y José con su Hijo, menos con despego tan olvidado, que viniendo sin él no le echasen menos. Pues entender que en aquellas palabras de Cristo á su Madre le hubo, será sentir con Calvino. ¡Oh gran saber de Dios! ¡Oh altura de los tesoros de su ciencia, que así mortifica la presunción del juicio humano, porque se persuada que sin Dios no se aprende, ni se sabe sin Dios! Mucho refiere Maldonado de los padres griegos y latinos, todo digno de gran reverencia; mas á mi ver siempre queda inaccesible la dificultad, y retirado el misterio. Yo (como el camino que sigo es nuevo) no puedo valerme de otro intérprete que de la consideración de la vida de Cristo. Y si no me declarare al juicio de todos, séame disculpa que, en lugar de palabras, el Evangelista afirma que la Madre de Dios y José no entendieron lo que les dijo: *Et ipsi non intellexerunt verbum*. Forzosa me parece á mi la ignorancia, y en ella estaré sin otra culpa que la de haber osado acometer lugar tan escondido.

Santisimo Padre, quien hace su oficio, y atiende á lo que le envian, y acude á Dios, y asiste al templo, y se da á la Iglesia, y oye los doctores, y los pregunta, y los responde, acudiendo á lo que es de su cargo, aun donde no está no le echan menos; y no puede faltar de ninguna parte quien atiende á lo que manda Dios. Y por el contrario, quien huye de la Iglesia, quien se aparta del templo, quien se esquivo de su oficio, quien deja su obligación, — donde está le buscan, los que le tratan le echan menos, donde asiste no le ven, en todas partes falta, en ninguna parte está: fuera de su obligación, está fuera de sí. Este fué uno de los mayores misterios de este soberano rey, y de los mas dignos de su monarquía y providencia. Grande es el aparato que en este capítulo cierra el Espíritu Santo. Los padres iban al templo por la costumbre (así lo dice el texto), y así se vuelven. El Hijo fué al templo por la costumbre, y se quedó por su oficio, y por hacer lo que le mandó su Padre: por eso no vuelve. Vulgarmente llaman esta fiesta del Niño perdido, sin algun fundamento: ni sus padres le perdieron, ni él se perdió. Los padres dice el texto que vinieron sin él y que «no conocieron»: así dice la palabra en todos los textos. Quiere decir, que no echaron de ver que faltaba. Y es cierto; que padres que no solo le amaban mucho, sino que no amaban otra cosa ni en otra

tenian los ojos y el corazón, no se descuidaron ni divirtieron. Antes este sumo amor, con la contemplación y el gozo de verle crecer lleno de sabiduría y gracia, los llevó en éxtasi, no solo con él, mas tambien en el niño; que ni de los ojos faltó lo que no veian, ni de su compañía lo que no llevaban, porque iban tan arrobados en el Hijo, que quedándose él en Jerusalem, no iban sin él por el camino. Y esto dice el texto con decir «no conocieron», debiendo decir «echáronle menos», ó «vieron que faltaba.» Porque no conocer, disculpa con gran prerogativa el elevamiento misterioso y el amor, y esotras palabras en el son tienen resabios de descuido. Permision llena de doctrina de Dios. En tanto que el rey niño asiste á su oficio, no haga falta á nadie, pues hace bien á todos. Sirvióse Cristo del sumo amor que le tenían sus padres como de nube tan noble que le ocultaba á los sentidos, no á las potencias. Entretúvulos consigo para no ir con ellos: él se quedó para irse, ensayándolos en estas maravillas para la postrera del Sacramento del Altar, donde para la Iglesia se fué para quedarse, como aquí se quedó para irse. Y como fué conveniente esta suspensión tan amartelada para lo que hemos dicho, lo fué que no durase, ni pasase de los tres días, en ir y venir, no conocer si faltaba, y hallarle.

Grandes misterios aguardaban años había este suceso: desempeño de muchas profecías y muchos profetas; y en la primer obra nos acuerda de su resurrección. «Entendiendo iba en la compañía, caminaron un día, y buscábanle entre los parientes y conocidos; y no hallándole, volvieron á Jerusalem en su busca.» Entendieron como tales padres, y padres de tal Hijo, entendieron que iba en la compañía; y era así, porque Cristo Jesus nunca dejó á sus padres; y eso fué el decir «no conocieron». Iba con ellos y con la compañía de su Madre, como Dios que los asistía siempre y en todo lugar; y como hombre se había quedado, para que oyesen de su boca los doctores el misterio de la Santísima Trinidad, y ante los doctores dijese lo que sabían sus padres, y oyesen de ellos el misterio del Verbo divino y de su encarnación. Que todo se declaró cuando hallándole en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos, se admiraban todos los que le oían de su prudencia y de sus respuestas: «Y viéndole, se admiraron.» Este sí fué rey de reyes, rey verdadero, rey de gloria. Primero oye, luego pregunta, y luego responde. Esta, Santísimo Padre, fué la prudencia que admiraba en un niño rey de doce años; que oía primero, y luego preguntaba para responder, y esto siendo suma sabiduría. ¿Cómo pues acertarán los reyes que, no lo siendo, ni oyen, ni quieren oír, ni preguntan, y empiezan su audiencia y sus decretos por las respuestas? Esto, Santísimo Padre, fué enseñar á los doctores, oírlos y preguntarlos; y esto no quisieron ellos aprender, pues nunca le quisieron oír.

Dijo su Madre: «¿Hijo, por qué has hecho esto con nosotros? Tu padre y yo te buscábamos con dolor.» No dijo: «por qué nos dejaste;» que bien sabía que en su corazón había asistido siempre. Solo dice: «¿Por qué has hecho esto con nosotros?» que es lo que llamó el Evangelista: «No conocieron» que embebece nuestros ojos en nuestra contemplación. Por este rato que no te hemos visto, «tu padre y yo te buscábamos con dolor (a).» Aquí dicen que es hombre verdadero, y que

(a) Está manco el sentido.

son sus padres: cosa que importó tanto que la oyese de ellos mismos con afecto tan casual y penoso. El respondió: «¿Qué es la cosa por que me buscabais?» Eso fué decir: Acudir yo al templo, que es á lo que vine, y á enseñar, á oír, y á preguntar, á responder, á hacer lo que mi Padre me ordena, no es faltar de vuestro lado, no es dejaros. No los reprende, sino los satisface con pregunta llena de favores. ¿Por qué me buscáis, si no me he perdido? Soy templo, y estoy en el templo; soy Rey, y oigo, y pregunto, y respondo; soy Hijo, y hago la voluntad de mi Padre. ¿Por qué me buscáis con dolor? ¿No sabíades que conviene que yo esté en las cosas que son de mi Padre? A su Padre le dice que está en cosas de su Padre. De manera que le busca el Padre cuando está en las cosas del Padre. ¿Gran llamarada del misterio de la Trinidad! Este modo de decir es así comun á todos los idiomas: «¿No sabéis que he de estar en las cosas que son de mi Padre?» Que fué decir: ¿Para qué me buscáis, si no me he apartado de vosotros? Yo estoy en las cosas de mi Padre; y supuesto que nadie es mas propiamente de mi Padre que vosotros, en vosotros estoy. San José ya se ve si es cosa de su Padre, pues le escogió para lugarteniente suyo en la tierra, para Padre de su Hijo en la manera que lo fué. ¿Pues la Virgen María? *Ab initio, et ante saecula* la escogió para su esposa. De suerte que con los propios misterios y sacramentos que se quedó, y no los dejó; que iban sin él, y tan en él que no lo entendieron, los responde cosas tales, que dice el Evangelista: «Y ellos no entendieron la palabra que les dijo á ellos.» No pudieron ignorar que era Hijo de Dios. Ya la Virgen había oído: *Spiritus Sanctus superveniet in te; et virtus Altissimi obumbrabit tibi*. Pues José ya había oído, *quando nolebat eam traducere: Quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est*. Luego esto no era lo que no entendieron; y es cierto que no entendieron una palabra, que así lo dice el texto, y esta fué: *Quid est, quod me quaerebatis?* «¿Qué es por lo que me buscades?» Que fué decirles que no sabían que había ordenado y permitido que no le echasen menos; para que se revelasen tantos misterios, y fuesen testigos de su divinidad y humanidad, que por entonces no convenía declararlo. Y así permitió que ignorasen esta palabra, como que no sintiesen que se había quedado en Jerusalem.

«Y bajó con ellos, y vino á Nazareth; y estábales sujeto.» Sabe ser rey: deja por Dios y por el templo los padres. Sabe ser rey: oye, y pregunta, y despues responde. Sabe ser rey: asiste y está donde le toca por oficio y obediencia. Sabe ser hijo de dos padres: obedece al del cielo, y acompaña al de la tierra. Bajó con él, y estábale sujeto. Considere vuestra beatitud un rey Niño de doce años que es Rey de todos y Rey de reyes, Rey eterno, y dador de las monarquías, cuánto nos enseñó aquí, cuánto ejemplo dejó á los reyes. Por el templo, por las cosas de la Iglesia deja á su Padre y á su Madre. Por enseñar deja las caricias, y ocasiona el dolor á los que mas quiere, y no por eso deja de estar sujeto; pero es al que le busca con dolor, á su Padre, al que Dios escogió por sustituto suyo. A este solo se ha de sujetar un rey: mas de tal manera que sepa que Dios es lo primero, y la iglesia y el templo. «Y su Madre conservaba todas estas palabras en su corazón.» ¿Quién nos podía declarar lo inexplicable, sino la que fué toda llena

de gracia? Ciertamente es que pues guardaba todas estas palabras en su corazón, que las entendía y sabía el peso de ellas, pues las depositaba en tan grande parte. La Virgen lo declara: todo se entiende, y se concilia. No lo entendieron cuando lo dijo; luego que se vino con ellos, lo entendieron, y á su propia luz lo descifraron. Conocieron que sin faltar á nada, cumplía con los dos padres, con Dios y con los hombres; que sabía sujetar y estar sujeto. Y para evidente declaración, añade el Evangelista: «Jesus crecía en sabiduría, y edad, y gracia con Dios y con los hombres.» Buenos autores tengo de mi declaración: la Virgen María, Cristo y el Evangelista que lo refiere. No han de crecer los reyes en sabiduría, gracia y edad solo para Dios, sino para los hombres tambien; porque su oficio es regir, no orar: no porque esto no les convenga, sino que por esto no han de dejar aquello que Dios les encomendó. Juntas han de estar estas cosas: Dios primero; y con él y por él y para él el cuidado de los hombres. Que Cristo Jesus era niño y rey, y crecía en gracia y sabiduría, y en edad para Dios, y para los hombres; porque á Dios con estas cosas se le da lo que se le debe, y á los hombres lo que han menester.

## CAPITULO XVIII.

A quién han de acudir las gentes. De quién ha de recibirse. El crecer y el disminuir, cómo se entiende entre el criado y el señor. (Joann. 3.)

«Maestro, el que estaba contigo de esotra parte del Jordan, de quien tú testificaste, ves aquí que bautiza, y todos vienen á él. Respondió Juan, y dijo: No puede el hombre recibir alguna cosa, si no le fuere dada del cielo.» Y mas abajo dice san Juan, de san Juan Bautista: «Conviene que él crezca, y que yo me disminuya.»

Cuando yo no supiera el oficio de san Juan Bautista, por las señas dijera que había sido valido de Dios hombre. ¡Cosa admirable, que en toda su vida no hubo otra cosa sino peligros, tentaciones, cárcel y muerte! Unos le ofrecen el Mesiazgo, que era el reino; otros le preguntan si es él, y lo dejan en su voluntad. El capítulo pasado todo fué peligros; que los favores y mercedes preferidas, para la verdad no son otra cosa. Aquí, santísimo Padre, hizo el séquito del privado el postrer esfuerzo; y con ser san Juan hombre enviado de Dios, porque era privado se le atrevió el chisme. Es la parlería de los caseros muerte doméstica del privado, enfermedad asalariada de la buena dicha. Vinieron sus discípulos á Juan, y dijéronle: «Maestro, el que estaba contigo de esotra parte del Jordan, de quien tú testificaste, ves aquí que bautiza, y todos vienen á él.» A otro ministro que á san Juan, puesto en privanza, estas palabras le llevaban al alma por los oídos todo el veneno del mundo, todos los tósigos que sabe mezclar la ambición. «Todos acuden al rey.» Nueva de muerte para la envidia de un valido que tiene puesta la estimación en la soledad y desprecio de su príncipe. La lisonja mañosa gana albricias con los poderosos cuando les dice: Yermo está el rey, desierta la majestad, todos acuden á tí. Y si bien entienden estos que valen la palabra «Todos acuden á tí», cabeza es de proceso: el que se lo dice, más le acusa que le aplaude; los que acuden á él, menos le acompañan que le condenan. Tarde conocerá la mengua de su seso; que los que hizo pretendientes suyos la



que llamó buena dicha, se los volverá fiscales la adversidad, poderosa para hacer estas transformaciones.

Llegan á san Juan sus discípulos con esta nueva (llamémosla así); y él, en vez de entristecerse por ver enflaquecer su séquito, responde: «No puede el hombre recibir alguna cosa, si no le fuere dada del cielo.» Aforismo sacrosanto de lo que han de recibir los privados, y de quién. Privado habrá que sus manos las tenga religiosas para el poco dinero, y distraídas para la cantidad: este no es limpio, sino astuto; este mas peca en lo que deja de tomar, que en lo que toma. Privado habrá que ni poco ni mucho reciba de los vasallos; y que del rey reciba tanto, que ni le deje mucho ni poco. Este tiene por cosa baja el tomar por menudencia, y llega á merecer nombre de universal heredero de su rey en su vida. Esto es no tomar de puerta en puerta, sino todo el manantial. ¡Oh qué discreta maldad! Qué docta bellaquería! El mayor ingenio suele ser este.

Santísimo Padre, oidme atento: bien merecen mis voces tan grande atención. A vuestro cargo están los reyes de la tierra, y sobre sus coronas están vuestras llaves: oid la habilidad de los traidores. Vieron que el levantarse con los reinos, ó intentarlo, ó pensar en ello era delito digno de muerte y que se llamaba traición, y acogiéronse por temor de los castigos á levantarse con los reyes: cosa que, siendo mas sacrilega, es tenida por dicha, y el que lo hace, por ministro, no por alevé: lo uno castigan los reyes, lo otro premian. ¡Oh gran tiniebla del seso humano! ¡Que haya príncipe que acaricie al que se levanta con él, y que castigue al que se levanta con el reino, siendo aquel peor y mas osado! Porque el uno usurpa á Dios su teniente, depone á Dios su elección, y el otro emprende los pueblos encomendados, que aquel arrebata mas seguro y mas dueño. Y háles caído esto tan en gracia á los desvanecidos, que desde que los reyes consienten privanzas, desechan las conjuraciones y levantamientos por necios y arriesgados. A César, y á Tiberio, y á Claudio, los motines y levantamientos les fueron ocasión de gloria y de esfuerzo, mas los privados de ruina y afrenta. Más le costó á Tiberio, Seyano, que todas sus maldades y todos sus enemigos. Hagan los príncipes la cuenta con las historias en todos los reinos, en todas las edades, y verán cuánta mayor maldad es levantarse con ellos que con sus reinos. Allí verán que á los que la traición quitó los estados, llaman hombres sin dicha los cronistas y historiadores; y á aquellos á quien les quitó el ser reyes el valimiento, los llaman hombres sin entendimiento y sin valor. Los que padecen esta nota en la memoria de los hombres, despues de su muerte, aunque les permitieran el volver á nacer, lo rehusaran por no verse tales como fueron. ¡Qué universalmente descartó esto san Juan, cuando dijo: «Que no ha de recibirse nada, sino lo que fuere dado del cielo!» El reino dióle Dios al rey (excluido está de recibirle el privado), la majestad y el poder. Y si ha de recibir solo lo que le fuere dado del cielo, excluido está el cohecho, y la negociacion, y el presente, y la niñería, que arrebatoza con esta humildad los tesoros.

«Vosotros me sois testigos (dice san Juan) que yo dije: No soy Cristo.» ¡Qué plenaria informacion! Qué bien acordada defensa! Qué prevencion de privado escogido de Cristo para sí! Venisme á decir que al rey acuden todos. Ya os digo que así ha de ser; que á mí no

ha de acudir nadie, porque no soy nada en su comparación: no soy profeta; soy voz que clama en el desierto. A mí no se me dió del cielo que me siguiesen: á él sí, que es el Señor y el Rey. Y porque ve la apretura de la plática, dice: «Vosotros sois testigos que yo he dicho: No soy Cristo; no soy el Rey.» Eso sí, Juan: haced testigos á los que os asisten, de que no habeis pensado levantaros con el rey en aceptar el Mesiazgo: sean testigos, no de solo eso, sino de confesion expresa: «Yo no soy Cristo.» No se ha de hablar en esto por señas equívocas; háse de hablar claro; y á quien se ha de desengañar es á la familia del poderoso; porque allí asiste asalariado su peligro, y allí ha de asegurarse su descargo, si se sabe, ó si puede.

Bien pasara sin detenerme, por las palabras que otro alguno no ha advertido; mas como hablando de un privado Juan, las dice otro Juan privado, no excuso advertir á los príncipes y á los poderosos en ellas. «Y venían y se bautizaban. Aun no habian preso á Juan, y hubo cuestion entre los discípulos de Juan con los judíos.» ¡Extraña cosa decir que aun no estaba preso, cosa que constaba de la historia! No es pluma la de san Juan, que escribe rasgo sin misterio. Advertid los que privais, que aun no estaba preso el privado; aun no estaba en la cárcel, y ya los suyos levantaban canteras y marañaban cuestiones. Preso un poderoso, cierto es que todos hablan de él y contra él; mas ántes de caer, ántes de la adversidad, los mas propios, los mas de casa arman cuestiones y voces, y le desasosiegan la buena ventura. No es el peligro estar en la cárcel, sino en la privanza. «Este gozo se me cumplió: él importa que crezca y que yo me disminuya.» ¡Qué bien lo dijo el mas que profeta! Aquí deslindó toda la materia de estado divina y humana. No les queda licencia á los confesores ni á los teólogos para absolver los unos y interpretar los otros lo que contra estas palabras se cometiere. Privados, si ois otra cosa que lisonjas, oid el gozo que dice san Juan, que es que crezca su rey, y que él se disminuya. ¡Oh reyes, luego importa que el criado se disminuya y que el rey se aumente. En este solo aforismo está la medicina de todos los gobiernos. No aprovecha que el rey crezca y el criado tambien; porque el criado no puede crecer sin la disminucion del rey, de lo que le quita en la riqueza, de lo que le usurpa en el poder, de lo que le estraga en la justicia, de lo que le dasacredita en la verdad, de lo que le descuida en su obligacion. Y esto no es crecer entrambos; es disminuirse el rey porque crezca el vasallo, y ha de ser al reves; y dice san Juan Bautista que conviene. Y esto, ¡oh miserables favorecidos de los príncipes, los que no lo entendeis así! á vosotros os conviene, porque en disminuir está vuestra triaca contra la envidia; y solo os es de salud un modo de crecer, que es crecer por la disminucion.

¡Queréis ver ¡oh monarcas! (con todos hablo) qué delito es crecer el criado y disminuirse el señor, y cuán gran delito es y qué pena merece? Aprenderlo de los propios criados: oidlos á ellos. Decidme, príncipes: los castigos tan ciertos y tan frecuentes y tan grandes de todos los privados, que se han hecho; los que visteis hacer á vuestros padres; que vosotros hicisteis, ¿quién os los aconsejó? Quién os los dispuso? Quién los acriminó? Todos me responderéis, concordando con las historias, que otros ambiciosos que quisieron para sí, con

## CAPITULO XIX.

De qué manera entre el rey y el valido en su gracia se cumplirá toda justicia; y de qué manera es licito humillarse el rey al criado. (Matth. cap. 3.)

«Entonces vino Jesus de Galilea al Jordan á Juan para que le bautizase. Juan se lo prohibia, diciendo: Yo he de ser bautizado por tí, ¿y tú vienes á mí? Respondiendo Jesus, le dijo: Deja ahora: así conviene que nosotros cumplamos toda justicia. Entonces le dejó. Y bautizado Jesus, al punto salió del agua. Y veis se abrieron los cielos, y vió el Espíritu Santo de Dios bajar como paloma, y que vino sobre él. Y veis una voz del cielo, que decia: Este es mi Hijo amado, en el cual me agradé.» Fué tan grande esta accion, que se repartieron los misterios de ella por los tres evangelistas. Quiso cada uno tener parte en tan grande sacramento. Marc. 1, dice: «Vió los cielos abiertos, y al Espíritu Santo que bajaba como paloma.» Y añade esta grande palabra, que añade esta accion con lo que dijo Isaias: «Y que se quedaba en él.» Lucas, cap. 3, dice: «Fué empero como se bautizase todo el pueblo, y Jesus fuese bautizado;» y añade: «Y estando orando, se abrió el cielo.»

En la consideracion de este capítulo parece que se agota todo lo importante del oficio del príncipe, y todo lo peligroso del oficio del privado. Cumplir el rey toda justicia es hacer todo su oficio: humillarse al criado el señor, es todo el riesgo. Era san Juan Bautista grande privado de Dios, y el que venció todas las malas andanzas del puesto. No ha habido ni habrá mal paso en la privanza que él no le padeciese y le santificase con su humildad y con su vida y con su muerte. La aclamacion del pueblo engañada le ofreció la adoracion de Mesias, le rogó con el cargo de su señor: el séquito de las gentes hizo diligencias contra su oficio; su grande santidad equivocaba la fe de los judíos para su persecucion. En uno de los capítulos antecedentes ponderé sus diligencias y sus respuestas. Y como él sabía cuán sabrosa perdicion y cuán forzoso peligro es este de la privanza, no por sí, que era hombre enviado de Dios, y no de la ambicion; por todos los que serian en el mundo privados habló tales palabras (1): «Este es el que ha de venir en pos de mí, que ha sido ántes de mí: de quien yo no merezco desatar la correa del zapato.»

¡Oh privados, oh reyes! tened respeto los unos hasta á la correa del zapato de vuestro príncipe, los otros haced reverenciar hasta vuestro calzado. Yo con toda humildad y reverencia admiro en estas palabras las interpretaciones de los santos que sirven al misterio. Vosotros, todos los que mandais y aspirais á mandar, atended á mi explicacion. Juan, primero privado escogido, cuando ve vacilar en el reconocimiento del Señor verdadero, de su Rey eterno, del Rey Dios y hombre, en estas palabras dice todo lo que se ha de decir, y todo lo que no se ha de hacer: «No soy digno de desatar la correa de su zapato.» Pues, Santísimo Padre, si Juan privado no es digno de desatar la correa del zapato de su Rey, ¿qué será del criado que intentare atar con la del suyo á su rey? ¿Qué cosa es atar el criado al señor? Eso no se ha de presumir de toda la perdicion del seso ambicioso de los hombres; es menester para tan sacrilega osadía toda la desvergüenza del

(1) Ipse est, qui post me venturus est, qui ante me factus est, cujus ego non sum dignus ut solvam ejus corrigiam calceamenti. (Joann. 1.)

nombres de servicios, lo que condenan en los otros por traicion y por robo. Bien mereció castigo el que privó disminuyendo al rey y creciendo él: su patrimonio es la horca; sogas y cuchillo son el estipendio de su desvergüenza. Mas no merece ménos la prision y la muerte el que acusa á aquel por codiciar para sí sus delitos, no para el rey la libertad. Pues ¿cómo, monarcas, lo que, el que quiere ser privado, justifica para la medra de su envidia, admitis por licito y provechoso? Y los propios privados os harán creer que á vosotros os es indecente no consentir por malos y detestables los que ellos propios acusan y degüellan porque lo son, para serlo ellos. Esta sola justicia he conocido y leído siempre en los que mal han privado, sin excepcion; que unos han sido castigo de otros, y los mas afrenta de sus señores y ruina de sus reinos. ¿Queréis ver, príncipes, cuál engaño padece, no vuestra vida, que ese era corto; no vuestra hacienda, que ese era civil; no vuestra comodidad, que ese era delgado; — vuestra honra, que es mucho; vuestra salvacion, que es todo? Decidme, ¿cuál acusacion habeis admitido contra algun favorecido vuestro, en que no os prometian grande restitucion al patrimonio, gran satisfaccion á las partes? Y si haceis la cuenta, hallaréis que os cuesta cien veces mas á vosotros y á vuestro reino el satisfacer la hipocresía de los acusadores, que se os aumenta de la perdicion del caído. Este es el engaño que os atraviesa las almas. Quien acusa al que tiene y al que puede, para poder él y tener, ese al criado acusa la dicha y al señor el talento; y el castigo es igual en el criado y en el príncipe. Siempre he visto, y siempre lo veréis, que de estas persecuciones y visitas hechas por desembarazar para sí el que acusa los delitos que acusa, se sigue que vosotros quedais por este engaño depuestos de la dignidad, como el ministro del oficio, y mas condenados que el preso y depuesto; porque quedais condenados á otros peores que aquel, y á padecer muchos ímpetus de codicia recién nacida.

Santísimo Padre, puerta es de vuestras llaves la de la salud de los pueblos, la de la salvacion de las gentes; por aquí tienen paso al cielo, que vos abris y cerrais, las almas de los potentados del mundo: enseñadles con el ejemplo de san Juan esta verdad; que importa que ellos crezcan y los criados se disminuyan (lo que él cumplió tan presto, perdiendo la cabeza). Lo propio, Santísimo Padre, que ha de ser entre los criados y los reyes, ha de ser entre los reyes y la Iglesia: ella conviene que crezca, y los reyes se disminuyan, no en el poder ni en la majestad, en la obediencia y respeto rendido al vicario de Cristo, á esa Santa Sede.

Dos criados tuvo Cristo: uno, que fué Juan, se disminuyó para que creciese el rey; y este fué hombre enviado de Dios, y entre los nacidos ninguno mayor que él. ¡Gran cosa! ¡Nadie mayor que el disminuido! Otro quiso crecer él y que no creciese el Señor; y este fué Judas, hijo de perdicion, y que le valiera mas no haber nacido. De aquel primero pocos imitadores se leen y se ven; de este, su fin, sus cordeles, su horca, su bolsa, su venta, su beso se precia de gran séquito y de larga imitacion; y toda su vida presume de señas de muchos, y de original de muchas copias, por lo propio justificadas.